

Sentíanse, pues, todavía hondamente en la capital los efectos de aquella calamidad, cuyos pobladores así pagaban otra vez la insensatez de su fundador, cuando una nueva desgracia pública vino a poner de nuevo su temple a prueba. Fué ésta la primera y terrible inundación del Mapocho, de que hemos hablado en otra ocasión para recordar sus estragos en vidas y haciendas, y que ocurrió el último día de la Pascua de Pentecostés de 1609, es decir, en pleno otoño y en lo más sazonado de las mieses.

Tan considerable fué el destrozo de la avenida, que hubo de bajar de las fronteras el gobernador García Ramón a poner remedio. Acordóse esto con la fabricación de los primeros tajamares que cubrieron la población y que parece corrían en el espacio que hoy se extienden entre la plazuela de la Cancha de gallos y el Puente de cal y canto. Fué su constructor el agrimensor general Jinés Lillo, el decano de los ingenieros de Chile, a quien el pueblo, el gobernador y el obispo reunidos en cabildo abierto dieron autorizaciones suficientes, junto con el maestro de campo Juan de Quiroga, «sin más diligencia, autos ni espacio alguno de papelotes», dice el cronista Carvallo. En pocos años quedó concluida la obra, y fué tan bien ejecutada, que según aquel historiador, muerto a principios de este siglo, (y en un hospital de Buenos Aires, puesto que fué historiador), nos dice que a fines del último «se miraban todavía sus vestigios y admira su solidez». Hoy mismo el agua suele descubrir algunos de sus derruidos cimientos en la parte que hace frente a la plaza del mercado.

Fué también sin duda por este tiempo cuando volvió a meditar-se el traer a la ciudad el agua llamada de Ramón, y que sin duda recibió este bautismo del nombre de aquel gobernador, pues antes y aún después se la llamaba de *Vitacura*, por el gobernador peruano que gobernaba en el Mapocho a la entrada

de Valdivia, y al que, por el delito de ofrecer al último hospitalidad, mataron los indios rebelados (1).